

# Tabla de contenido

**PRÓLOGO** .....3

**LA “MARIMBA” ESTA EN LA CALLE...** .....5

**¡ESTO DIJO CLODOMIRO!**.....21

**LOS MUERTOS DE EL COCUELO** .....29

En memoria de los inmolados agentes de la Policía

Nacional de Colombia: Barroso, Matoma y Martínez .29



## PRÓLOGO

Tres relatos en diferentes lugares de la región Caribe de Colombia dirigidos al narcotráfico, desplazamiento y muerte. A finales de la década de los setenta festejamos inocentes la llegada de la “bonanza marimbera” sin considerar las consecuencias de la tragedia que se avecinaba. Este tráfico de marihuana, desenfrenado en la Guajira, y desaforado en mayor medida en los departamentos cobijados por la Sierra Nevada de Santa Marta, se extendió por el centro y sur de la región Caribe regalando bienestar transitorio a sus pobladores, para luego pasar factura en desplazamientos y masacres.



## LA “MARIMBA” ESTA EN LA CALLE

La recua, con el dominio imponente de un burro negro, trotaba con facilidad por el estrecho camino de herradura siguiendo con elegancia las sinuosidades del riachuelo que bajaba raudo del Cerro Pintao. El río, en su bajar melodioso con sus frescas y cristalinas aguas acariciaba las numerosas piedras de variados colores interpuestas en su vereda rumbo al vallecito donde asentaba su historia el pueblo de “Villaurumo”. A Ramiro Montaro y a su hijo adolescente, sin venir sudorosos por lo fresco de la mañana, se les notaba agitados por la precipitación con que bajaban las bestias, aunque su agite era transitorio ante la alegría que irradiaban por llegar al poblado.

Su vivienda, construida en El Malangar, en el piedemonte de la Serranía del Perijá, compartía con la de los campesinos de la sierra sus muchas necesidades y sus mismas esperanzas. Con casas, de fachada alta, puerta de entrada de dos hojas, ventanas con bolillos torneados y sardineles altos pintados de verde olivo daban a conocer la experiencia del mismo constructor.

Un estrecho pasadizo unía la sala-comedor con dos habitaciones con huecos en su entrada en donde en el futuro incierto de su dueño armaría las puertas de madera. Su esposa, conociendo la pobreza de su marido, había colocado en esos vacíos unas cortinas hechas con retazos de telas a colores que en algún momento fueron prendas de vestir o sabanas de alcoba. Los muros lucían sin encalar y el piso esperaba entusiasmado la baldosa que siempre prometió colocar su propietario para época de navidad y nunca pudo cumplir. El corredor, después de mostrar los cortinajes en las aberturas de los aposentos comunicaba con el amplio patio exhibiendo un rancho de paredes de barro y techo de palma, que en una pasada ocasión fue la morada de la familia Montaro.

Una vez reposados de la llegada de la sierra y desayunado con malanga, queso y revoltillo de huevos criollos agarraron las riendas de las bestias, todavía agitadas por el peso de los bultos, y siguieron en dirección del pequeño mercado municipal.

Julia, su mujer, curtida por tantos años de necesidades y esperanzada en el dinero que representaba el comercio de los artículos traídos de la sierra pronunció en silencio una plegaria e impartió en el aire una esperanzadora bendición a su

marido y a su hijo adolescente, deseándoles buena suerte en la venta de sus productos, aunque en su interior tenía una angustiosa premonición.

—Ramiro, presta atención a las compradoras del mercado para que te pesen y paguen bien los productos, acuérdate que la vez pasada te engañaron... y tú Ramirito, ponte los zapatos para evitar una cortada con vidrio, porque en el pueblo no puedes andar con los pies descalzos como en el monte.

La soledad del mercado municipal a esta hora de la mañana daba una idea de la ruina en que se encontraba la población, por eso la llegada de Ramiro Montaro con su recua no causó ni extrañeza ni alegría en las pocas compradoras mayoristas. Sin antes consultar con las dueñas de negocios, comenzó a descargar los bultos convencido de que sus productos iban a ser vendidos como en anteriores ocasiones, pero grande fue su sorpresa al enterarse de que el plátano lo había en abundancia y por lo tanto estaba barato, la malanga la cambiaron por la papa y las otras verduras las dejaron fiada los comerciantes del interior del país con el cobro a vuelta de viajero. Malhumorado, trató de tomar las riendas del burro líder de la recua, pero dejó de insistir al comprobar la rebeldía del

animal que ante cualquier intento de colocarle los fardos en la enjalma rebuznaba y rebuznaba, respaldado por los gemidos extraños de los mulos, dejando por sentada su protesta por la indiferencia grosera de las compradoras. Molesto, dejó al bruto con sus resabios y salió presuroso en dirección de su vivienda maldiciendo hasta en el mismo demonio. Julia, al notar la presencia de su esposo, suspendió la tarea de tratar de encender el fogón de la rústica cocina para luego presenciar decepcionada el descargue de la recua.

—¡Oye Julia! —dijo molesto Ramiro Montaro. Vende o fía las verduras y el bastimento en el vecindario así sea más barata, porque en el mercado público no las compran y si no las quieren los vecinos, se las tiras a los cerdos. Esta semana —siguió diciendo mientras tiraba los bultos en el suelo me voy solo para la sierra.

—¿Y qué hago con Ramirito? —preguntó Julia.

—¡Búscale trabajo en alguna finca vecina o en cualquier otra parte!

En “Villaurumo” la monotonía hacía alardes en los días de la semana. No pasaba nada fuera de lo común que pudiera alterar la tranquilidad pasmosa de sus habitantes. Era raro

observar personas aglomeradas en cualquier esquina, como en casos de calamidad pública o bochinche de barrio, tratando de dirimir pequeños conflictos que daban motivos para distraerse en esos terribles momentos de fastidio.

Pero, un martes cualquiera, la calle principal del pueblo, por donde pasaba el único bus de pasajeros procedente de Valledupar con destino a Riohacha, amaneció atiborrada de personas deseosas de viajar con bolsos vacíos colgados en el hombro y costales viejos de la pasada cosecha aldonera doblados debajo del sobaco. Muchos pasajeros viajando el mismo día no era normal, ya que solo lo hacían algunos empleados públicos de menor importancia, enviados por sus superiores a realizar alguna diligencia oficial centralizada en la capital. Pero, los que esperaban el transporte en esta ocasión no eran funcionarios del municipio, sino vecinos del barrio El Malangar quienes expresaban su alegría por el viaje de negocios y su ilusión de conocer el mar. Así lo notaron los madrugadores que iban rumbo al mercado público a comprar las “arepas de huevo”, la carne de res, las verduras o el conejo montuno para el almuerzo.

—¿Qué eventos festejarán hoy en Riohacha que van de viaje los montunos de la sierra?

La respuesta llegó el mismo martes por la noche cuando regresaron los habitantes del barrio “El Malangar” conduciendo algunos, *Ford “Ranger”* venezolanas mientras otros, sentados en la parte trasera del vehículo consumían *whisky* y enlatados de contrabando. Se bajaban en todas las esquinas de la calle principal con sus exóticos bolsos guajiros, llenos de billetes de alta denominación, y en sacos usados de la pasada cosecha de algodón.

Con esa abundancia de dinero comenzó el derroche de plata y de alegría. En el pueblo, solo se oía el estrépito de las camionetas en su alocada carrera hacia el desorden, acompañadas del sonido metálico de pistolas nueve milímetros violando así la sagrada tranquilidad de la población que no estaba acostumbrado a semejante algarabía. Los vehículos, en los que festejaban la parranda los habitantes del barrio contiguo al pie de la sierra, tenían incorporados grandes altavoces en la parte de atrás que trepidaban con los últimos valletos de moda y que cada cierto tiempo, como si estuvieran de acuerdo, se arremolinaban en una esquina formando